

# EL OBSERVADOR EN EL PARQUE Y NIÑA CON MIRIÑAQUE

Joaquín CoDe

Image not found.

# Capítulo 1

El Observador en el parque  
La niña con miriñaque  
Joaquín Gede

No sé qué hacía allí. Solo, absorto, y singular. Parecía como si nada en la tierra le importase. Podría ser justo cualquier día laborable de la semana. Uno de esos días de dígitos negros sin importar el trabajo pendiente que dejas en la oficina. A cambio un placer, deleitar la vista y el espíritu en unos jardines o en cualquier banco del parque; por ejemplo, aprovechando el buen tiempo.

El individuo estaba en el claro del parque, sobre una elevación del terreno, contemplando el cielo. De esas veces que levantas la mirada de la lectura para reflexionar sobre lo leído y un motivo externo te llama la atención. Yo estaba sentado con mi libro en un banco del parque en mangas de camisa. De vez en cuando levantaba la vista de la lectura y comprobaba que la posición de aquel sujeto no había variado, ni siquiera su postura. Allí seguía como un punto geodésico contemplando la bóveda celeste, como si nada en la tierra le importara y esperase de un momento a otro la llegada de un salvador o una gigantesca ola y que se lo llevara cabalgando en su cresta. Mi primera reacción fue dirigir la mirada en la misma dirección que el observador lo hacía desde el promontorio; buscaba una respuesta a esa conducta ensimismada.

«Si fuera de noche pensaría que es un astrónomo o un estudioso aficionado por los planetas y las estrellas. A la luz del día más bien podría ser un filósofo. Los filósofos cuando piensan lo hacen mirando al cielo. Quizá sea un legislador preocupado por su reelección, aunque estos suelen ir cabizbajo caminante con las manos atrás; nada tiene que ver con una actitud contemplativa».

Era una tarde luminosa con un cielo celeste monótono con alguna efímera nube. Había perdido el punto de lectura pensando en acercarme y satisfacer mi curiosidad sobre ese individuo. Realmente para el buen tiempo que hacía, resultaba extraño un individuo con chaqueta tres cuarto y sombrero porkpie. Su postura me era familiar, ese ligero apoyo del cuerpo sobre la cadera izquierda, tan peculiar... Recuerdo esa misma postura en algunas de mis antiguas fotos. También podría ser un poeta con una incipiente melena asomando bajo su sombrero y una perilla de trovador. Seguro que ya tendría pergeñado unos versos sobre el espacio infinito. Algo así como... *"Toda la nada/ giraba en el ambiente/ bajo la mirada de un minúsculo elemento/ en un instante eterno..."*. No me explico cómo llegaron esas palabras a mi mente. Quedé sorprendido por la ocurrencia y anoté los versos en el marcapáginas de mi libro de lectura *El*

*hombre nuevo*, de Ricardo León. Cualquiera se hubiera percatado que tal sujeto resaltaba en el paisaje sobre aquella frondosa topografía ligeramente elevada de la Real Granja Agrícola. Pero los espacios urbanos son inmensos desiertos poblados de gente encapsulada.

Una niña con falda de miriñaque, en su burbuja, corría por el césped intentando hacer volar una cometa perseguida por un perrito de salón ladrando a la cola con ristras de papelorios de colores que zigzagueaba a ras del césped. Una música de organillo viajó con una repentina brisa desde un lugar indeterminado. Sonaba *La danza de los mirlitos*, de Tchaikovsky. A cada impulso de aire la cometa tomaba cierta altura y la niña eufórica llamaba la atención de su padre; quizá el joven contemplador del promontorio, pero no parecía estar atento a los esfuerzos de su hija por domesticar el volantín encabritado por el aire. En uno de los giros bruscos la chiquilla dio un traspies cayendo al estanque con su traje de miriñaque y tirabuzones dorados.

Yo era testigo de aquello y antes de que ocurriera sabía lo que sucedería. De pronto, como un *déjà vu*, acudió a mi mente un recuerdo: Aquel domingo de enero el estanque estaba helado, no había endurecido en algunas partes, pero se podía patinar. De hecho, algunos niños se acercaron con sus patines. Había estado nevando durante toda la semana. Ella quería estrenar sus nuevas botas. Insistió tanto... hasta que al final cedí a sus deseos. Quiso patinar sobre el hielo azul con su faldita de miriñaque y sus piernas embutidas en unos leotardos blancos.

Corrí hacia el joven contemplador.

—Su hija se ha caído en el estanque, podría correr peligro —le advertí.

—¿Y cuándo ha sido? Porque si el instante ha pasado, ¿qué se puede hacer? —Ante respuesta tan flemática y desapasionada, me quedé confuso.

—¡Hay que salvarla, es su hija la que está en peligro! —Comencé a quitarme la camisa—. ¿Se puede saber en qué está usted pensando? —le respondí alterado.

—En la nada —respondió abstraído, se volvió y era yo mismo más joven—. Además, ¿quién le ha dicho a usted que esa niña es mi hija? En todo caso será su hija de usted, la que usted tuvo.

Acudí al vendedor ambulante, al barquillero que estaba próximo al estanque limpiando con un paño el bruñido aro de bronce de la ruleta del barril. Nada parecía turbar su concentrada tarea; entretanto silbaba la melodía del organillo. Traté, presuroso, de quitarme los zapatos. Despreocupado el vendedor, frotaba el aro de bronce y hacía girar la

rueda de la fortuna con un sonoro tableteo.

—Dígame un número —me dijo de pronto.

—¿Perdón, cómo dice? —Obvié su comentario—. Hay una niña que se cayó en el estanque... Necesita ayuda.

—Qué me diga un número...

—El trece. Pero la niña...

—Ese número no lo llevo. Ha venido a decirme el número del mal agüero que no aparece en la ruleta. ¿Habrán números en el mundo para decir?  
—refunfuñó tocando con las puntas de los dedos índice y meñique en la gorra campera como evitando un mal suceso.

«Aquel domingo de enero en el estanque, el viejo lotero pregonaba "el número noventa y nueve: La agonía"».

—Mire, lo siento, pero la niña necesita ayuda... —insistí.

—Su hija lo que necesita es que usted le compre unos barquillos. Y no me sea roñoso.

—Está bien. Deme tres barquillos. Pero ha de ayudarme a sacar a esa niña del estanque.

—Tendrá que probar suerte. Dígame un número, pero que esté en la maldita ruleta.

—Venga, el seis —le apremié.

—¡Otra vez! ¡Es que no ve usted que tampoco está el seis! ¡Ese es el número del demonio! ¡Señor, señor! Qué mal presagio, qué mal presagio...  
—De nuevo el barquillero volvió a repetir los gestos rituales como evitando un maleficio. Negando con la cabeza, se colgó el barril de barquillero al hombro y sin mediar más palabras se alejó diciendo: «Mal presagio, mal presagio».

Descubrí entre una pequeña arboleda de cipreses, un recinto cercado por una verja a media altura, donde había un pequeño grupo de individuos; parecían estar juntos pero cada uno era una isla respecto al otro, no parecía que se comunicaran ni entablaran alguna conversación. Todos iban vestidos de negro. Un músico tocaba al violín una *Gnossiana*, de Satie. Muy triste. La escarcha cubría el césped del lugar; sentí frío y volví a ponerme la camisa. Salté la cerca y me acerqué al más próximo: era una señora con velo; le toqué el brazo para llamar su atención e

instintivamente hizo un movimiento de rechazo.

—Disculpe, señora, ¿podrían ayudarme? —susurré para evitar interrumpir lo que fuera aquello.

—Se volvió, me miró y señalándome con su dedo negro, en sus labios negros, me mandó silencio.

—Disculpe, pero una niña... —insistí.

La señora se giró de nuevo y me señaló que continuara más adelante, que siguiera más adelante. Entendí que avanzara en el grupo de esfinges negras, que era eso lo que parecían, y me acerqué hasta casi la primera fila, me puse detrás de un sujeto que a sus pies se abría una fosa, y en frente un individuo de negro con alzacuello leía de un libro unos párrafos de resignación y esperanza de resurrección de la carne a los presentes.

Una mujer, con la cara cubierta por un negro velo, se me aproximó con un perfume familiar: picante, especiado. Olía a sexo. Me tomó del brazo a la vez que inclinaba la cabeza mostrando una "y" griega mayúscula en su escote descubierto. Me dejó una frase susurrada junto al oído, otrora, ya olvidada:

—¿Va a decir unas últimas palabras? —me propuso con una sensual amabilidad en su voz.

«Las últimas palabras que escuché de mi padre, o que yo recuerde, eran aquellas historias susurradas, que me arrullaban, del gitano Melquiades que volvió al pueblo una vez resucitado y curó con su brebaje mágico a todos los habitantes de la aldea».

Me aproximé al abismo de la fosa, a la blancura del hielo puro azulino de su superficie traslúcida. Allí, bajo el hielo reverberante, se desfiguraba un cuerpo de una niña con miriñaque. De nuevo la brisa hizo acto de presencia descubriendo los rostros luctuosos. Por un momento sentí el invierno en mi alma. Me incliné junto al lecho, como hacía mi padre, y con voz queda susurré: «Érase una vez una princesa en el bosque, dormida entre las flores... que esperaba con sosiego la llegada del gitano Melquiades...».

En el descampado se escuchó una algarabía. Una banda de músicos hizo su aparición en desfile; sonaba en el aire el pasacalle *Los Chisperos*. La gente salió de sus crisálidas, los chiquillos habían roto sus burbujas y corrían tras la formación musical y, tras ellos, la niña con miriñaque, sonriente, de la mano del contemplador con chaqueta tres cuarto y sombrero porkpie, iba dando saltitos al compás del pasacalle. Con la música mi espíritu cambió. Pensé: «Ha llegado Melquiades». Exultante, salté la cerca descamisado, me recompuse y volví tras mis pasos para

recuperar el libro de lectura. Vete a saber en qué banco del parque lo dejé. Me alejé silbando la melodía del pasacalle.